

## ESPINOSA: NO HAY VERDAD

Antonio Parra

Para Juan Espinosa y Pepe López Martí

En 1986 la revista *Postdata* publicaba un número monográfico dedicado a Miguel Espinosa, cuando se cumplían cuatro años desde la muerte del gran escritor, acaecida en 1982. Entre los textos incluidos en sus páginas, muchos de ellos inéditos entonces, se contaba un breve escrito titulado *Sobre la palabra verdad*. Era la primera vez –y seguramente ha sido la última– que se publicaba la intensa reflexión. Comenzaba Espinosa evocando el lamento de Bertrand Russell por el hecho de que algunos escriban la palabra Verdad en letra mayúscula, "propensión que incapacita, a su entender, para conocer la verdad". Y añade el escritor murciano: "Si el vocablo Verdad pudiese ser figurado con minúscula, el concepto que representa se encontraría, ciertamente, en este mundo, relevando a un hecho que tal vez hubiese atrapado el mismo Bertrand Russell".

Dado que el texto espinosiano al que venimos aludiendo puede ser considerado cuasi inédito (el número de *Postdata* que lo acogió en su día hace años que se encuentra agotado y fuera de circulación) se hace necesario seguir citando a Espinosa:

"Cierta mandato de modestia, que, por lo demás, se revela como el primero de los principios de toda ciencia, nos ordena escribir con minúscula el mayor número posible de palabras. Ciencia sin método no puede existir, y la esencia del método estriba en la modestia." "¡Figurémonos lo que sería la manifestación de un pensamiento donde todos los conceptos resultasen mayúsculos! Seguramente, la obra de un loco, una magia cabalística, o la exposición de motivos de un Hacedor megalómano."

"Escribir los vocablos con letra mayúscula o minúscula no es, simplemente, una cuestión de buen gusto o de ortografía, sino problema de precisión, y, por tanto, asunto filosófico. El concepto configurado con mayúscula se convierte en modelo, substancia única, soberana y aislada. En medio de la frase, el vocablo así pergeñado resalta como el corazón de un solitario entre las cosas. Todas las palabras mayúsculas se crecen; el nombre común se transforma en propio; la cualidad, en calidad; el adjetivo, en sustantivo. Cuando de tal forma se escribe, se manejan necesidades, no casualidades."

"Por su propio engrandecimiento, el vocablo pergeñado con mayúscula se aleja del mundo, convirtiéndose en parábola, en techo, en límite, o, si se quiere, en espía de la realidad. Quizá le pareciera a mister Bertrand Russell que la palabra Verdad, así escrita, acechaba al mundo y a la propia obra del filósofo británico. En cierto sentido, no otra cosa ha realizado la metafísica: espíar y transformar el mundo en alegoría".

Consideraba Espinosa que mientras la letra mayúscula aleja al vocablo del mundo, la minúscula lo hace de este mundo, transformándolo en algo tangible, mensurable, racional, cotidiano y propio del hombre, lo cual es una forma de preñar los conceptos de parentesco. De linde a linde de la razón, todos los vocablos escritos con minúscula son primos hermanos, habitantes de la misma casa, cosillas determinadas, continuas y repetidas indefinidamente.

¿Cabe pensar entonces que estamos ante un escritor realista, o más bien, siendo precisos, un mero epistemólogo empírico para quien las cosas son hechos, fenómeno aparente, y nada más que hechos. En cierto modo, sí, en ese estadio de la teoría del conocimiento habría que situar al autor de *Escuela de Mandarines*. Sin embargo, tratándose de Espinosa, las cosas no son tan simples:

El realismo de *Escuela de Mandarines* –incluso, en cierto modo, el casticismo irónico de ésta y de otras de sus obras– queda difuminado en una especie de desmesura irreal o irracional, como ocurre con *El Quijote*, una obra que Espinosa no dudaba en calificar de realista. Espinosa, por cierto, era más partidario de Cervantes que del Hidalgo enloquecido, más seguidor del escritor que del personaje por él creado. Y, en cualquier caso, el autor de *La fea burguesía*, con permanecer con los pies muy apoyados sobre la tierra, no pudo evitar nunca una suerte de nostalgia de absoluto que le hacía parecer lo que yo denominé un 'personaje de frontera', en la medida en que lo fronterizo no es el final de algo, sino el comienzo de otra cosa, lo que convierte el viaje en algo inacabable o, en cualquier caso, inacabado: la frontera nos sitúa tanto en un final como en un principio, convierte el horizonte en ese horizonte inalcanzable, siempre igual de lejano, en que se sitúa la patria de los místicos, aunque, como decimos, la patria de Espinosa, como la de los poetas, no aparecía en un escatológico mundo otro, sino en este territorio, en un mundo, por decirlo con las mismas palabras de Espinosa, "mensurable", "tangible", "de este mundo".

Conocí a Espinosa en 1980, a mi regreso a Murcia, tras vivir una serie de años en Madrid. Fue poco tiempo el que pude gozar de su presencia, pues murió en 1982, pero mantuve con él una relación relativamente intensa durante aquellos dos años. Por entonces yo ya había oído hablar casi secretamente del personaje, y conocía *Escuela de Mandarines*, una de sus pocas obras publicadas en aquel momento. Años atrás, cuando yo era un adolescente y un apenas balbuciente escritor –condición que acaso siga manteniendo, aunque ya sin adolescencia ni apenas juventud– mi hermano mayor trajo un día a casa *Escuela de Mandarines*, presentándola como una obra maestra al que el autor había dedicado muchos años. Recuerdo mi pasmo al introducirme en aquellas páginas que me traían algo tan diferente a la literatura que yo conocía y frecuentaba por entonces.

Años después, en 1980, como he dicho, tuve la suerte de conocer al hombre que se escondía tras aquellas sorprendentes páginas. Recuerdo un día que lo encontré en la plaza de Santo Domingo, en Murcia, leyendo el diario *El País*. Como sabía que yo me dedicaba al periodismo, me dijo mostrándome el rotativo: "¡Ojo con leer este periódico, con los demás periódicos, como son muy malos, no hay problema, pero éste es un peligro, pues al ser un buen periódico puede crear adicción, y no es bueno leer mucho la prensa!" En ese poco amor hacia la prensa, Espinosa pertenecía de lleno a la cofradía de los filósofos.

Y en 1982, inesperadamente, murió. Entonces escribí un texto que en su mayor parte permanece inédito (aunque se han publicado algunos pasajes del mismo). Lo escribí para la familia de Espinosa, especialmente pensando en su hijo Juan y en quien fuera su principal amigo durante los últimos años de su vida, el filósofo Pepe López Martí, con quien formaba la 'Escuela de Murcia', un divertimento cómplice entre ellos dos, pero, también, una continua fuente peripatética –y en buena medida nocturna– de sabiduría. Siempre me negué a publicar ese texto, aunque Juan Espinosa y López Martí, que lo apreciaban, me insistieron en más de una ocasión para que lo diese a la imprenta. Finalmente, en el citado número de la revista *Postdata*, accedí a publicar el último pasaje del escrito.

El texto se ha extraviado –ignoro si Juan Espinosa conserva copia–, no logro encontrarlo entre mis papeles, ahora que lo he intentado para tenerlo como referencia para escribir este nuevo artículo para la revista que el lector tiene en sus manos. Tal vez sea mejor así, después de todo fue escrito para no ser publicado, sino simplemente entregado a unas pocas personas como 'consuelo' ante lo que no hay consuelo, salvo el de saber que la muerte nos hace inmortales, vencedores de la muerte. Nada puede ya la

muerte contra Miguel Espinosa, libre al fin de todo. Es también lo que hubiese querido decirle a López Martí tras la reciente muerte de su madre, aunque quizás se lo dije, no lo recuerdo.

Aquel texto, ahora al parecer perdido, hablaba de esa nostalgia infinita de Espinosa, simbolizada también en ese 'último griego' que, como Asklepios, fue él en vida. Y de ese viaje sin fin a través de las fronteras complejas de la vida, de esta vida, y a través de la razón, que a veces, algunas pocas veces, nos alumbra el camino. Aquel texto concluía de la siguiente manera:

Camina Espinosa por última vez las amables calles de la ciudad, fatiga la fisonomía inacabada o destruida de sus esquinas y plazas. Ve difuminarse la antigua policromía de sus tardes, de su mirada se derrumba lentamente la visión hermosa del paisaje, todo se torna informe y despojado. Despide melancólicamente luz y recuerdos, palabra y escritura. Ya todo se ha consumado. Se detiene y una sombra de duda matiza su rostro. Pese a todo, pese a que sus días han sido un lento aprendizaje de lo innecesario de todo dolor y de todo miedo, una reconciliación con la vida y con la muerte, no puede evitar un ligero temblor en el último instante. Sabe al fin que ciegos, y solos, "nos precipitamos en el abismo".